

Entre los Hombres del Río: Los Indios Makiritares.

—“...Wanadi (Dios) vió que el indio moría por la acción de Konedá, el espíritu del mal... Viólo desde su Kahunnnya, su cielo, allá arriba, poblado de hijos sin gestación de madre. Y Wanadi se compadeció de la suerte del indio. Le mandó sus hijos numerosos, uno tras otro, con toda regularidad, para enfrentarse con Konedá.

Los hijos de Wanadi se hacían demasiado humanos: adentraban en su propio ser divino inmaculado, la farsa y las contradicciones de ese doble que el hombre lleva consigo: esa careta de baile zoomorfa, instintos ciegos de tigre y de reptil, con la que apaga el respiro de su ser libre y espiritual. Los hijos de Wanadi, hechos hombres, degeneraban y se hacían manojo suelto de bejucos ponzoñosos, con excrecencias monstruosas de capricho y pasión, de tiranía y división, de erotismo y bestialidad. El astuto Konedá venía de sus dominios opacos, allá en Koyohinnya, donde el sol se muere y el silencio es de piedra.

Y Konedá, el espíritu del mal, se enfrentaba, lleno de sarcasmo y ya triunfal, con aquellas carroñas humano-divinas: los hijos de Wanadi degenerados y desintegrados. Vomitaba Konedá su curaré infernal, y los hijos de Wanadi, desperdigados, huidizos, acorrolados... morían bajo la acción letal del espíritu del mal.

Abandonaba Wanadi sus dominios de serenidad y recogía en la tierra los restos de sus hijos, sangre y músculo petrificados, para allá, en su Kahunnnya soplarles la vida perdida.

Un día, Wanadi no hallaba a uno de sus hijos trucidado. El pájaro carpintero le indicó el sitio: muy lejos. Wanadi se cansó, no veía. ¿Dónde está el hijo? El pájaro carpintero bajó de la palma cucurito, abrió un túnel en la maraña de lianas, y barrenó, a picotazos, el costillar del cadáver. Un borbotón de sangre no cuajada saltó de la aorta del hijo difunto de Wanadi y puso una llamarada roja imborrable en el cuello y en el pecho del pájaro carpintero.

Wanadi aupó el cadáver de su hijo, pero antes de emprender la ascensión fúnebre a su Kahunnnya miró, paternal, al pájaro carpintero con su llama viva de rojo indeleble en el copete: “Tu nombre será, de hoy en adelante, mi nombre. Te llamarás Wanadi. Y aquel que te matare será maldito. Tú serás el pájaro de Dios, el pájaro puente entre los hombres y yo.”

Y el pájaro carpintero, cuando, hoy, ¡tac, tac, tac!, barrena los troncos de nuestra selva y salta astillas del costi-

llar poderoso de la ceiba, impone silencio religioso a todos los seres, flora y fauna, hombres y espíritus, de todo el ámbito de nuestra tierra... Y parece decirnos: “Barreno la selva como barrené el pecho del hijo cadáver de Wanadi. Ved en mí el borbotón rojo divino, voluntad salvífica de Wanadi y dispersión desintegradora del hombre. Respetadme. Me llamo Wanadi”. El indio, entonces, se calla y piensa en Wanadi...”

Y el húway (brujo) mikiritare se calló. Un largo silencio humano. Cerca del lugar sonaban, piedra y agua, los raudales machos del alto Ventuari. Atrás, muy atrás, quedaban los saltos de Tenkua y el Oso, con el ajetreo febril de transporte por trochas ribereñas, que vencen, ¡guayares y espaldas fornidas de indios Makiritares!, el desnivel tremendo del río, hecho espuma, tromba y vértigo.

—“¿Y toditos los hijos de Wanadi tuvieron suerte parecida a lo largo de la historia de los indios?”

El brujo se callaba: El mito teológico de los hijos de Wanadi había sido contado como una expansión de intimidad entre dos, pese a la presencia del traductor, Napoleón, que entorpecía más que ayudaba, a la confidencia.

Las haches aspiradas abundantes y misteriosas, el corte glotal brusco y varonil, y la ternura maternal de las consonantes *d* y *t* mojaditas de la lengua caribe Makiritare, formaban todo un poema musical lingüístico en boca de ese brujo venerable, originario de la cabecera del río Erebató, allá en los dominios vecinos del Caura, ese río tan masculino y makiritare.

El brujo era, al mismo tiempo, maestro-astillero en la confección de las curiaras makiritares, perfecta obra del más perfecto equilibrio aero-hidro-dinámico. Nada nuevo les podemos enseñar con las líneas aerodinámicas de nuestros “Constellations” y “Caravelles”. Mucho antes, muchísimo antes, el Makiritare, esa gente fornida de la gran familia Caribe, sabía modelar sus curiaras en la más acabada exigencia de línea, superficie y volumen.

Una semana antes habíamos trabajado con él y sus hombres. El safafrás al caer, talado, había abierto el cielo azul en la selva verde. Allí se respiraba y se veía, ¿qué?, el cielo azul: el mejor don que un hombre puede tener en el corazón de la selva, para escapar a una metamorfosis vegetal: el hombre-planta, el hombre-bejuco: hervidero de instintos, bañados en savia de sangre blanca, y madriguera donde escarba con sus uñas la tristeza tropical: “tristes tropiques”.

El safafrás, ahuecado y perfilado, se hacía curiara: diez días de trabajo con un equipo de cuatro hombres, y de sol a sol. Cuando las hachas quedaron bien impregnadas del aroma rosa-amarilló del safafrás, ya la curiara surgía entre exorcismos y encantamientos.

Se juntaron todas las astillas del astillero y la leña seca de los contornos. Wa'to!, Wa'to! (candela, candela!) decía el brujo a cada brazada de leña que traíamos.

Se hizo la candela, sí. Pero el brujo no consintió que la encendiéramos ni con nuestros encendedores de gasolina refinada, ni con nuestros fósforos de la "Fosforera Venezolana S. A.". De aquí adelante, la fabricación de la curiara era un acto religioso; ver, pero no hurgar: respeto litúrgico...

El brujo hizo brotar el fuego de dos palos secos: uno, en el suelo, horizontal, apoyándolo con el dedo grueso de su pie derecho; el otro, vertical, hostil y en barrena, con un giro rapidísimo bajo la presión de las palmas de ambas manos. Cinco, diez, veinte, treinta, cuarenta segundos, un minuto: huele a quemado, sí, se ve humo, pero no hay fuego todavía...

Las palmas de las dos manos del brujo bajan y suben rapidísimamente, haciendo girar el palo vertical, que va horadando el horizontal... El humo aumenta... Y de pronto, el polvillo aserrín del frote y de la barrena sube en ascua, prendido... Minuto y medio exactamente. El aserrín fino que había salido del primer frotamiento en barrena prendió también al contacto con esa ascua diminuta...

Pasaron al brujo un puñado de hojas secas. Sopló sobre ellas y sobre el aserrín en ascua, y brotó la llama. Wa'to! Wa'to!

Seis horas después, la curiara estaba abierta y con los contrafuertes interiores bien sujetos para que no se enrollara luego como una hoja seca...

Seis horas de liturgia teúrgica, en las que el brujo fue todo: sacerdote, mago, maestro astillero, obrero, atizador, inspirador... Sólo nos permitió, a sus hombres y a nosotros, abanicar el fuego, atizarlo con inmensos abanicos, hechos de hojas de la palma San Pablo... Había de ser rápido: los doce metros de la curiara se dilataban al unísono... unos leves y delicados ¡krik, krik!

La línea de fuego tenía también doce metros como la curiara. Y el fuego había de ser regular en toda la línea. Los gigantescos abanicos nos hacían tragar y tragar humo y más humo.

El brujo se deslizaba por doquier. Estaba presente a la vez en todos los sitios. Nadie hablaba. Sólo se oía el chisporroteo de las llamas y los delicados ¡krik, krik! de la dilatación gestadora de la madre curiara. Si alguna vez el ¡krik, krik! era más sonoro, el húway saltaba por encima de las llamas, y afechado al casco ardiente, auscultaba, médico solícito, el corazón de la curiara. ¿Se rajó? ¡No, no!

Ahí está de nuevo el brujo con un lote de tabaco bruto en la mano. Lo embadurna con la ceniza y el carbón de las paredes exteriores de la curiara lo amasa con refinamiento, lo mete en la boca... y masca y masca el conglomerado de tabaco, cenizas y carbón. Sus labios están monstruosamente abultados, y sus ojillos se han hecho dos líneas de párpados. Váse a la proa y echa un tremendo escupitazo entre negro, verde y amarillo de nicotina. Luego a la popa

y hace lo mismo. Salta dentro de la curiara ardiente... Los abanicos parecen incensarle y echarle todo el humo de la línea de fuego. Allí escupe a los cuatro puntos cardinales.

Saca luego de su boca el lote de tabaco, ceniza y carbón, y lo pasa a cada uno de sus hombres... a nosotros también, y lo masticamos con avidez, y escupimos luego con más avidez todavía. ¿Repugnante? Hablen los higiénicos "civilizados" que se suenan en unos pañuelitos más o menos elegantes y guardan la inmundicia en los bolsillos o en los corsés... ¡La ley de la relatividad llega aquí también!

El trabajo del ensanche de la curiara fue una proeza astillera con visos de fraguas de Vulcano. Todo lo hacía el brujo. Cuando la embarcación estuvo uniformemente recalentada en sus doce metros, el húway plantó, en todo el interior, los palos-contrafuerte, entrecruzados, de 40 a 50 cms. de largo cada uno. ¡Trikkk...! y la presión de la hoja brillante y plana del hacha en manos del brujo pasaba al contrafuerte, y la curiara abría sus labios de doce metros, y se expandía y se hacía ella misma...

¿Se rajó? ¡No, no! Ahí está de nuevo el brujo soplando de su boca el último humo de las últimas brasas... en la proa, en la popa, a los cuatro puntos cardinales. Esta vez parece amenazar a las fuerzas y a los espíritus adversos. Y cuando se dirige al occidente se desata en una letanía de improperios...

Seis horas pasaron. Ahí está la curiara de doce metros. No dejó el húway ningún detalle. Rascó el carbón de las paredes, lavó con esmero todo el casco y pintó los bordes con onoto y ceniza: unas líneas onduladas y quebradas que van queriendo decir venturas y contradicciones...

Al día siguiente botaríamos la curiara, ya fría, en las aguas frías del Alto Ventuari.

—“¿Y toditos los hijos de Wanadi tuvieron suerte parecida? El brujo no quería proseguir su narración truncada. Atisbábamos algún recelo escondido.

—“Los blancos queremos saber cosas que no deberíamos saber. Pero nosotros queremos ser indios y vivir con vosotros, para ayudaros a luchar también contra la muerte. Porque, sí. Porque la muerte no es cosa natural en el hombre. Es un accidente, y como accidente, contra ella hemos de rebelarnos. Nosotros sabemos que así pensáis los Makiritares. Y tenéis razón. Y aunque nuestros brujos blancos nos digan que la muerte es natural, sabemos que se equivocan, que son pretenciosos, vanos, en su falso saber. Nuestros brujos blancos no saben ya lo que es la sabiduría. ¿Qué ha pasado en el hombre para que se muera? Eso venimos a saber de vosotros los Makiritares...”

El húway caló hondo en nuestra intención, y prosiguió, tras una pequeña demora, con su primera historia religiosa makiritare:

—“No. Todos los hijos de Wanadi no tuvieron suerte parecida. No quería seguirte hablando, porque ahora entráis los blancos con Koneda contra el indio.”

—“Prosigue, hermano, que te escucho. No escondas nada. Quiero saber vuestra sabiduría y aprenderla de vosotros...”

—“Wanadi por fin mandó al último de sus hijos. Ese hijo se llamaba CRISTO: (¡en lengua makiritare!; eco vago de misiones disluidas o de contacto de sempiternos viajeros...). Cristo inició con los indios la lucha contra Koneda. Todo iba bien. Pero el blanco hizo entonces mismo su aparición en nuestras tierras... Y un día nos arrebató a Cristo. Corrimos contra los blancos para arrancarle al último de los hijos de Wanadi. Les dimos alcance en el río Kunukunuma. Hubo una gran batalla, nos echaron el rayo y el trueno. Perecieron casi todos los indios. ¡Una gran matanza, exterminio, destrucción! ¡Kunuma: exterminio! ¡Kunu-kunuma: exterminio de los exterminios! Los indios supervivientes vieron cómo los blancos llevaban a Cristo por un sendero arriba, a la cima del gran cerro Duida, cerca del Kunukunuma... Y de allí se lo llevaron lejos, muy lejos, al otro lado de la gran laguna...”

—“¿Qué laguna?”

—“La laguna grande que está donde el sol nace. Y desde entonces el indio muere y desaparece porque ya no está Cristo con él y que Koneda es más fuerte que el indio...”

El húway no habló más. Quedó como aliviado de un peso. Se estiró, bostezó y miró al Norte: una cordillera inmensa y desconocida; el Maigulida, con el misterio de sus animales, más o menos mitológicos. “Allí no hay hombres”—nos dice el traductor Napoleón. Y nos callamos también, pensando en aquellos hombres blancos que se llevaron a Cristo al otro lado de la Gran Laguna.

Estábamos en una región tropical, con las alternancias de la selva inmensa virgen y de las grandes sabanas, más allá del salto del Oso. Visión única de una Venezuela completamente desconocida. Aquí ya no era la calvicie de la selva con el derrumbe de un sastrás. Eran depresiones, colinas, rocas encantadas, vastísimas extensiones de un verde grama, cortadas por kilómetros y kilómetros de palmeras y morichales cargados de fruto y de aves... En un fondo azul morado, surgía la misteriosa Maigulida, y encima, un cielo pasmoso de siesta.

En una de las sabanas aparece el campo secreto de aterrizaje del Cácuri con sus indicadores de cemento y la pista lista... y centenares de tambores de gasolina desventrados, retorcidos, abarquillados..., porque el indio Shirishana, cazador magdalenense empedernido, dió “candela” a la inmensidad de la sabana, y obtuvo, gratis, una tremenda y nunca vista visión de fuegos de artificio. Hasta aquí había llegado nuestro soldado, en oscura y heroica misión de otear ho-

rizontes para la seguridad de la Patria: era por los años 40 y 42 pasados, cuando la cruz gamada intentaba encaramarse a lo alto de nuestras torres de petróleo...

La belleza incomparable del lugar era inversamente proporcional a su contemplación. La inmensa soledad, un sol implacable de martillo y nubes infinitas y bien disciplinadas del jején batallador daban al lugar un no sé qué que infundía más misterio y más interrogación que la misma selva, donde la primera cortina vegetal cerraba ya el afán de enigmas... Así se explica cómo los Makiritares no se instalan en esas sabanas con sabor de familia y tan tentadoras, aun excluyendo las incursiones a fuego del cazador Shirishana que, cómodo y bien apostado, espera que las llamas le traigan los animales de caza al alcance de sus certeras flechas de dos metros.

Una mañana preñada de tormenta, el brujo se separó de nosotros, con sus cuatro hombres, camino de Wasannya, el Cucurital de las cabeceras del Erebató, a poca distancia de donde estábamos. Se le dió, como doctor que era, “bastante pastilla contra el catarro de su gente”: ese catarro cuyo antídoto no está en las piedras ni en las raíces de su modonó (la maraca-totuma medicinal), “bastantes comprimidos de complejos vitamínicos, gasa, algodón, yodo, mercuriocromo, vermífugos...”

Como la tormenta se hacía inminente, el húway, en su marcha, no sin antes mirarnos, enarboló contra la tormenta su “etiretoho”: la maraca-totuma con las raíces anticanaima y antitempestad. Etiredi: protegerse, guardarse de; y el sufijo-toho: sufijo instrumental. Etiretoho: instrumento para protegerse de...

Ese mismo “etiretoho” lo emplearía todavía algún brujo makiritare o shirishana con su finalidad primaria: matar al enemigo a distancia, con la emisión mortal del poder de las raíces encerradas en la totuma. Pero si el enemigo era un Makiritare, había probabilidad de que el etiretoho no surtiera su efecto asesino, o bien que la muerte volviera de rebote al mismo brujo invisible y asesino. Sí. Porque si la presunta víctima se percataba a tiempo del canaima contra él lanzado por un etiretoho invisible, al sentir el primer malestar, zancocharía, rápido, un poderoso antídoto de la mata “woy” (planta okumo), y vertería en el zancocho un poco de la sangría de una de sus venas... Y escaparía a la muerte a distancia y solapada... Si este antídoto llegaba tarde y la víctima había muerto, sus familiares harían un zancocho con la misma mata de okumo y con uno de los dedos de la mano derecha de la víctima. Antídoto póstumo pero infalible: pese a su etiretoho, el brujo asesino moriría, infaliblemente, del mismo mal que el de la víctima suya.

Llegando a adentrarnos más en la intimidad del mundo Makiritare llegamos a la conclusión de que su mundo religioso y folklórico propio había sufrido una enorme depresión y transvase de otros pueblos indígenas. No en vano son los Makiritares los eternos viajeros de los ríos, en un eterno comerciar con la larga serie de sus pueblo vecinos.

Pocos o casi ningún joven o adulto mediano conocía sus tradiciones ancestrales, reservadas todas ellas a un areópago de viejos venerables, diseminados en las tres cuencas del Ventuari, Caura y Cunucunuma.

Las coronas de plumas para el baile, con sus bandas tricolores, rojo, amarillo y negro, eran, en definitiva, de importación Piarroa y Yabarana del Manapiare, Sipapo y Cuao. Los Makiritares les dan a cambio perros de caza, amaestrados para una caza determinada y en tal o cual día, según les den a olfatear la piel del animal que pretenden cazar.

La artesanía de los Makiritares se ejerce sobre todo en la perfección consumada de sus cerbatanas, sus carcaj para dardos de cerbatana, sus curiarses y canaletes, sus chincnorros de algodón, asombrosos de blancura y de refinamiento en alardes del entretejido, sus guayares acabados, sus guapas cuajadas de la más pura estilización artística de animales como la rana y el mono.

Como índice de valor humano, estimamos que el hallazgo de las líneas artísticas, purísimas y estilizadas, de una rana o de un mono, en los entrelazados de la cestería Makiritare, tienen tanto valor y mérito como el estallido genial de cualquiera de los genios de la humanidad. El valor del espíritu humano se muestra (en igual o en mayor grado), tanto en el hallazgo genial indígena de la estilización zoomórfica artística, como en el brote de la genial ecuación $E = mc^2$, einsteiniana. Un Einstein no es un bloque errático en un desierto humano; ha sido más bien aupado por generaciones y generaciones de pensadores y buceadores del cosmos y del hombre. Todos saben cuán costosa era una simple suma, sin el sistema decimal, en tiempo de Euclides.

El mismo respeto humano exigen el atisbo genial primero artístico de una rana o de un mono estilizados Makiritares, que el hallazgo, por ejemplo, de la ley de la indeterminación y de la constante de Planck.

Es el mismo rasgo de genio del hombre universal, concretado en esas gestaciones materiales artísticas, científicas, literarias, filosóficas, con las que muestra la unidad de su ser hombre (cuerpo y espíritu) a estadios y escalas diferentes de superación y de emergencia.

Tanto el hallazgo genial humano del fuego, del anzuelo y del diseño de los bisontes del Prehistórico; de la rueda, de la cerámica y del arte abstracto y cinematográfico del Neolítico; como el descubrimiento de la ley de la entropía, de la relatividad o reversibilidad de la materia y de la energía, de las leyes mendelianas de la biogenética... todos ellos son del mismo denominador común: la grandeza del espíritu humano buceando en el Cosmos y tratando de entresacar, a veces oscura e inconscientemente, el enigma de la imprenta y del sello espirituales grabados en el mundo desde que comenzó a ser lo que es: una gran Unidad (universo) y una gran Be-

lleza (cosmos) material y espiritual, en el ritmo sistole-diástole creacional del tiempo y del espacio. La gran riqueza del genio humano encerrado en nuestros indígenas ha de ser detectada sobre todo en sus relaciones ordinarias con el medio ambiente que les rodea: selva, ríos, animales, tempestades, contrariedades...; en sus reacciones humanas más profundas y auténticas frente a los instintos fundamentales del hambre, la sed, la sexualidad, la familia, los intercambios...; y en el enfrentarse con la presión constante que sufren del mundo de los "racionales y civilizados", presión que socava, la mayor parte de las veces, el equilibrio tribal y personal, dando complejos de "tarawaho" (trabajo), de posesión frenética, de afán de autodesintegración con el narcótico de un progreso o de una civilización nuestra materialista sin cultura ni sabiduría humana.

Todo eso ha de sustituir, en el estudio del indígena, a la obsesión intelectual fría de catalogarles a través de una danza, de un canto, de una pluma roja o amarilla...

Watiti llamaban mis compañeros makiritares del Ventuari a un vigoroso muchacho del Mahanahana. Nombre indígena puro, con dejos de ternura de ave y de pez: Watiti. Al fin, resultó ser una adaptación y corrupción al makiritare del castellano: Bautista...!!!

Danzas heterogéneas con elementos artificiosos, y por tanto inauténticos, surgen del indígena a la vista de las "pendejadas" con las que el elemento "racional" le hipnotiza, con el supremo objetivo de una caza etnográfica, pero reducida, en última instancia, a saltos de saltimbanquis improvisados...

Lo que el indígena nuestro, hombre como nosotros, o más hombre que nosotros, no perdona al que viene hacia él (aun a aquel cuyas intenciones parecen ser las más desinteresadas y altruistas), es el no intentar abordarle de igual a igual, tal como es, haciendo en él una entrada total y sincera: dirigiéndose a él, tomando en consideración y respeto su propia visión del mundo y de los hombres.

Es relativamente fácil, a fuerza de un esfuerzo intelectual y de realismo, adentrarse y asimilarse a una sociedad o nación que se nos presenta como algo más acabado en la técnica y en el estándar de vida... Pero ser adoptado como igual, como amigo y hermano, por una sociedad o grupo humano tribal de un ritmo de vida primitivo y con el mínimo humano de necesidades vitales, no es ni puede ser el resultado de un esfuerzo bonachón de excursión o de incursión turísticas, científicas o proindigenistas de estrategias de despacho y de café, sin el aglutinante de una auténtica postura de humildad personal, de respeto del otro como otro, de optimismo acerca del hombre y de iluminación interior.

DAMIAN DE ESCORIAZA